

Span 446
Ensayo analítico I

Introducción

Entre los meses de mayo y agosto de 1898, la intervención de EEUU puso fin a las guerras coloniales de Cuba y Filipinas, en las cuales España perdió sus últimas colonias.

La derrota de la guerra fue el símbolo de la decadencia de España y se conoce comúnmente como el Desastre.

El 2 de julio de 1898 – es decir poco después del Desastre – se publicó en *Madrid Cómico*, una popular revista satírica, el siguiente texto de Luis Taboada.

Tarea

Escribe un ensayo de unas 800 palabras en el que analices el texto de Taboada y las preocupaciones presentes en éste, colocándolo en el contexto bélico del momento.

El ensayo tendrá una introducción, un cuerpo expositivo y una conclusión, así como un título atractivo. Se debe incluir una bibliografía con las referencias utilizadas.

Se cuidará la gramática, el vocabulario, la puntuación y el uso de mayúsculas.

Fecha de entrega: el 31 de octubre de 2005



DE TODO UN POCO

—No hay en el mundo un hombre más inútil que tú ni que se interese menos por su familia.

—¿Empezamos?

—Ya sé que no te gusta oír verdades.

—Mujer, déjame dormir.

—¡Egoísta!..

—Separa un poco los pies, que me estás arañando con las uñas... ¿Ya roncas? Anda hijo, que no he visto en el mundo tranquilidad como la tuya.

—¿Pero, quieres hacerme el favor de no irritarme? Mujer, considera que hoy he estado ocupadísimo; que se ha prolongado la sesión y no he parado un solo momento.

—¿De qué? Cualquiera creería que tomabas una gran parte en las discusiones. Sí, sí; en tu vida has abierto los labios, como no sea para votar.

—¡No me irrites, Catalina! Ya sabes que me da mucha rabia que me hables del Congreso.

—De bastante te sirve la diputación. Ya lo dicen siempre las de Zornoza: «Hija, tu marido es como el reloj de Triñoa, que no suena nunca.»

—Mejor sería que esas cursis se dedicasen a coser la ropa que da asco ver como llevan al padre.

—Tu las tienes odio porque no pueden ver á Sagasta y á ti en hablándote mal de tu jefe... Pues de bastante te sirve la amistad con D. Práxedes ¿que te saca diputado? ¿Y qué? En cambio no ha sido para nombrarte ni siquiera gobernador... ¡Lo mismo que decir el gobierno que es necesario establecer el servicio obligatorio! Como se conoce que Sagasta no tiene hijos. ¡El servicio obligatorio! ¿Porqué no va él?... Hombre, ¿quieres poner hacia allá esa rodilla, que me la estás metiendo por el estómago?

—Voy á tener que irme á dormir á la cama de la muchacha.

—Que más quisieras tú, viejo verde, pillín, sin vergüenza.

—¡Catalina!

—¿Qué? ¿Me vas á pegar? Tendría gracia que después de sufrir lo que una sufre con la maldita política y de ver que no tienes disposición para sacar ni un mal gobierno civil, aún quisieras maltratarme. Pero vamos á ver, yo me pregunto: ¿de qué te sirve á ti la diputación? Llegan los republicanos con sus manos lavadas y piden el servicio obligatorio. El gobierno, en vez de mandarles noramala, porque son enemigos de la reina y de todo, les promete apoyar la proposición y tú que eres monárquico y ministerial y has comido dos veces al lado de Puigcerver en Jetafe y entras en casa de Sagasta, no tienes influencia para echar abajo esa picardía del servicio. ¿Por-

qué no le dices á D. Práxedes que tienes un chico próximo á entrar en quintas?

—Porque no me haría caso.

—¿De manera que le hace más caso á Sol y Ortega que á ti?

—No digas tonterías, mujer.

—Lo que digo es que no tienes ninguna influencia. ¿Y sabes porqué? Porque no te das á respetar. ¿De qué te ha servido haberle puesto la cataplasma á don Práxedes cuando tuvo el último hemón? De nada. Ya ves: el duque de Almodóvar no le habrá puesto ninguna y sin embargo le ha hecho ministro... ¿Vueltas á roncar? ¡Jesús que hombre! El único momento que tengo para regañarte es este, y en vez de contestar te quedas dormido como un ceporro. ¡Hijo de mi corazón! Bastante desgracia tienes con un padre así; si fuera como Dios manda, cualquier día iba el gobierno á establecer el servicio obligatorio.

—Mujer, me has dado un codazo.

—Es que estoy nerviosa. ¿Y quién no está nerviosa con un marido que ve acercarse una desgracia y no la evita?

—¿Qué desgracia?

—¿Te parece poco ver á tu hijo en un cuartel, comiendo rancho y haciendo el ejercicio como si fuera el hijo de un mozo de la estación? Lo que debes hacer es hablar á Correa y decirle que reforme la ley.

—Si no está hecha todavía.

—Bueno, para cuando la hagan. Debeis poner una advertencia exceptuando del servicio á los hijos de los diputados. ¿Como voy á permitir que Manolito cargue con una carabina? ¡Un chico tan delicado y con un cutis tan fino, que en cuanto toma el sol se despelleja todo!... ¡Hombre, no te lleves para allá la ropa que se me está helando la espalda!... Ya verás como el chico de Zornoza no coje el fusil. ¿Que lo ha coje? Como que tiene un padre que hará los imposibles para conseguirlo. El será sucio, y no le coserán la ropa como tú dices, pero ya ha sido gobernador dos veces y además sacó para su cuñado la cruz de Carlos III y á un primo suyo le hizo sangrador de la real casa. ¿Qué has sacado tú? Nada: el estanco para tu tía la de Mataconejos y un retrato de don Pío Gullón con una dedicatoria. En cambio, tu hijo irá á las filas y cuando tenga aquella tos que le da todo los inviernos, hemos de ver quien se la cuida, y cuando se metá en la cama y no la encuentre caliente, será capaz de no acostarse y si le mandan disparar el fusil, le entrará la risa nerviosa y mientras tu, estarás en el Congreso haciendo bulto y diciendo sí y no, como las muñecas del bazar... ¡Ay, que desgracia la mía! ¡Haberme casado con un hombre inútil! ¡Hijo mio de mi corazón! ¡Y pensar que tu padre, si fuese como Dios manda, podría evitar todo eso. ¿Pues qué? Eres tú menos que Sol y Ortega?

—Catalina ¿quieres hacerme caso?

—¡Ah! ¿Estás despierto? ¿Qué vas á decirme?

—Pues digo que duermas tranquila. Mientras Sagasta sea jefe del gobierno y yo y otros como yo seamos diputados de la mayoría rieta del servicio obligatorio.

Luis TABOADA.